

En las oficinas de
CORRESPONDENCIA
ILUSTRADA Infantas
núm. 42 bajo. En la
librería de Fe, Carre-
ra de San Jerónimo,
núm. 2; en todas las
demás librerías, y en
el centro de suscricio-
nes, Pasaje del café
Madrid.

En provincias por
medio de nuestros
Corresponsales, ó es-
cribiendo directamente
a la Administración.

Número suelto:
10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO BAGAN.

PRECIOS

P. C.
Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'5
PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO

3 meses..... 22'50

ULTRAMAR

3 meses..... 5

ANUNCIOS

Línea..... 50

Comunicados y recla-
mos, precios con-
vencionales.

Número suelto:

10 CENTS.



NUESTRO GRABADO

Lector, la historia que voy á contarte es uno de tantos dramas que se representan en el mundo, y que por lo general pasan desapercibidos á la vista de un público despreocupado.

Si nos pusiéramos á disertar filosóficamente sobre este punto, largo tiempo podríamos emplear en descarnar de su brillante envoltura la actual sociedad haciendo resaltar las imperfecciones y fealdades que bajo aquella se oculta.

Pero sin modestias de ningún género consideramos superior á nuestras fuerzas esta tarea, y dejándola encargada á mejores plumas que la nuestra, sucintaremos á referir los hechos tal y conforme han llegado á nuestros oídos.

Comienza la historia. Soledad era una joven de diez y seis años, hermosa, física y moralmente con toda la perfección posible en esta vida: sin detallar su fisonomía porque sin querer podríamos ser indiscretos y denunciar á nuestra heroína, tan sólo diremos que era, y aun es, para las personas que la conocen un modelo de virtudes, belleza, modestia... y riqueza.

Figúrense nuestros lectores si con estas cualidades tenía motivos para figurarse que había de ser feliz en esta vida.

Sin madre desde su más tierna infancia, y con un padre cariñoso que no veía más que por los ojos de su adorada hija, podía haberse engreído como otras muchas con tanto halago por parte de cuanta persona la trataba.

Pero no sucedió así. Soledad, que este era su nombre, nunca se preocupó más que del cuidado de su anciano padre, á quien quería entrañablemente.

Tranquila y sosegadamente pasaba su vida sin asistir á los círculos aristocráticos de la corte con los que por su posición estaba en relaciones, no ocasionándole esto disgusto alguno, antes al contrario, tan feliz se encontraba que no aspiraba á cambiar por nada la vida pacífica á que se había acostumbrado.

Pero... Hemos dicho que tenía diez y seis años.

Y cumplió los diez y siete.

Y los diez y ocho.

Y lo que no le había sucedido hasta entonces, le sucedió, porque cuando las cosas han de suceder, suceden.

Se enamoró.

El, era un joven de veintiseis años, comandante graduado capitán de caballería, hijo de un general de la situación que mandaba en aquella época y con un porvenir brillante y envidiable.

Unamos á esto una arrogante figura, un bellí-



simo corazón y un alma noble y caballeresca, tendremos concluido el retrato del marido de Soledad.

Porque se casaron.

.....
Pasó la luna de miel. Entiendan nuestros lectores, que al decir esto, no es suponiendo que empezara á vislumbrarse la segunda faz del matrimonio.

Nada de eso.

Soledad y su esposo se querían como el día que se conocieron, y no decimos que más, porque el exceso que era bastante considerable, lo habían destinado para María, fruto de bendición que Dios les había enviado para mayor dicha.

Así trascurrieron seis años.

El esposo de Soledad que había decidido pedir su licencia absoluta, prescindiendo de grados y honores y sin más aspiraciones que atender á la felicidad de los dos ángeles que bajo su protección le había deparado la Providencia, fué llamado precipitadamente una tarde al ministerio de la Guerra, donde le fué confiado el mando de una fuerza que estaba destinada á combatir las primeras partidas carlistas que por aquel entonces comenzaban á levantarse.

Soledad y su hija vivían en una bella quinta inmediata á Madrid, en compañía del bizarro oficial de caballería.

Este recibió tan apremiante orden del ministro que tan sólo tuvo tiempo para enviar á su esposa una carta que tenemos en este momento á nuestra vista, y que dice así:

«Querida Soledad: El deber me impone un penoso sacrificio; parto al Norte; no sé qué muerte me espera ni quiero pensarlo.

Cuida mucho á María, y rezad ambas por mí bucnamente.

Os abraza vuestro

Julian.»

.....
Soledad y María tuvieron la desgracia de perder aquel esposo y padre, sin haberse casi dado cuenta de ello.

La bala de un Jain había cortado el hilo de aquella felicidad tan pura y exenta de malas pasiones.

La madre y la hija, felices hasta aquel malhadado día, no han vuelto á recobrar ni por un momento siquiera la pérdida felicidad.

¡Es tan difícil recobrarla cuando se pierde!

En la actualidad viven las dos, víctimas, aisladas de todo trato; Soledad, sin más consuelo que su hija, está pensadora y formal, á pesar de sus pocos años; á fuerza de ver lágrimas, empieza su vida de una manera bien distinta á la de su inconsolable madre.

Soledad fué dichosa hasta el día de la terrible pérdida.